

Morano D Rafael

31-7-A-X/2.

Sole

769-

Ca 2533

1883





UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315396231



b 18501187

c 25515998

Deberes morales del Médico



*La vida del Médico es una
vida de estudio y sacrificios
Réguez*

Excmo e Ilmo Sr

Deber ineludible que impone el Reglamento en estos actos, me obliga a levantar mi voz, mi desautorizada voz, y ocupar la tribuna donde tantos ilustres varones han puesto de relieve su esclarecido talento, y en particular a este respetable Claustro, honra de España, gloria de la Medicina, faro luminoso cuyos reflejos se man y atraen de todas partes la juventud amante del saber.

Lo que me han precedido, pido es confesar lo, cada cual trajo el fruto mas o menos sazonado, mas o menos sabroso, pero siempre lozano de su erudicion o de su práctica.

contribuyendo así a la gran obra del progreso Médico.

En este Santuario se han ido depositando riquezas inestimables, porque aquí se rinde culto a la Medicina; y vosotros sois los encargados de mantener el fuego sagrado que brilla en honor de Esculapio.

Por esto, ante esa majestad no puedo dominar mi emoción, siento oprimido el pecho, y mi lengua no acierta a expresar lo que siente mi corazón.

Vosotros que por vuestra larga experiencia estáis en el caso de apreciar estas dificultades, no podéis menos que ser indulgentes, porque es principio admitido, que la benevolencia es atributo inseparable de la sabiduría.

Voy a indicaros mi tema; pero antes permitirme algunas consideraciones de oportunidad que creo indispensables, tanto para su interpretación, como por las especiales circuns-

tancias, porque atravesamos nuestra época Médica.

Estudiada la actual Medicina bajo el punto de vista histórico, se ve que vivía una era tempestuosa, marchando combativa por las más contradictorias afirmaciones y en medio de los sistemas más antagónicos.

Por un lado crítica de las tradiciones científicas que amenazaba romper los lazos que los unen con el pasado, por otro trata de empujarnos hacia las innovaciones doctrinales, no concediendo descanso ni tregua para con espíritu imparcial, tomar el buen camino.

¡Que mucho, si en este combate desfallece la fe del Médico y naufraga en los escollos del escepticismo!

Pero, bien mirado, este escepticismo es insostenible por todos conceptos. Bajo el científico, porque la Medicina dispone de un arte cuyas aplicaciones positivas están al alcance de todos; y de una ciencia que entiende cada día

2.
sus conquistas, colocando su realidad por
encima de las contradicciones de las teorías
reinantes. Dijo el moral, porque el Médico
que disputare a la Medicina la dignidad de
ciencia y negare en absoluto al arte su
eficacia, se engañaría y engañaría indigna-
mente a la Sociedad.

Pero hay que reconocer, que esa falsa doc-
trina condenada por la moral y la razón,
tiene por desgracia adeptos entre la actual
generación.

Si queremos dar una voz de aliento, es de
necesidad descender a la práctica y enumerar
los recursos con que contamos para esos casos
difíciles en que el Médico parece quedar
desarmado.

Mostrando los beneficios que de nuestra
ciencia puede reportar el hombre y la
Sociedad, acaso contribuyamos mejor que
con sutiles argumentos a batir la duda y
sostener la fe que guía al Médico al cumpli-
miento de su alto destino.

Esta es la razón porque he querido estu-
diar la Medicina moral, investigar su
valor, los deberes que impone y los resultados
que de su eficacia puede esperar el facult-
tativo en la práctica profesional.

Señori: cuando el Médico es llamado a
asistir al hombre, víctima de la enferme-
dad, lleva a su modo de ver una doble
misión.

La primera y mas esencial atacar por
los recursos de la ciencia la afección mor-
bida, restablecer la armonía de las funciones
alteradas y prevenir en lo posible los peli-
gros que amenazan la destrucción de la vida.
La segunda sondear el corazón del pa-
ciente, apoderarse de su confianza y desva-
necer luego, en debreva, el abatimiento
y tristor; cortejo funebre que generalmen-
te rodea la enfermedad.

Considerando el hombre como un ser com-
puesto de materia y espíritu, intimamente

te relacionados entre sí; se comprende que al enfermar, los sufrimientos del uno ejerceran sobre el estado del otro una influencia perturbadora; y esta razón explica las dos fases, física y moral, con que las enfermedades se nos presentan.

Hay un lazo estrecho de unión entre la vida fisiológica y la vida orgánica. El hombre no solo sufre en su parte material, sino que su padecimiento, afectando la parte moral, pone al alma en un estado de turbación penosa, y si no hay duda que podemos hacer ciertos cambios que modifiquen la constitución física; puede también, aunque en menor escala, modificarse lo físico obrando sobre lo moral.

Esto prueba que el arte no debe limitarse a apreciar los accidentes materiales que ofrece a nuestra consideración el organismo enfermo, sino que ha de

hacerse cargo de las modificaciones que durante su curso experimenta el espíritu, para oponerle un eficaz correctivo.

El Médico que en su ciencia llega al punto concreto de una lesión y con oportunidad aplica la terapéutica para combatirla, habrá hecho una gran porción del camino que está llamado a recorrer, pero le queda cierta distancia si quiere llegar a su término, pues si hay en una enfermedad trastornos cuyo alicute real no se precisa, hay síntomas que escapan a la observación minuciosa de los tejidos, y contra los cuales serían falaces los más heroicos agentes farmacológicos.

En una palabra, el Médico que desea cumplir su destino, tiene que pulsar el alma después de haber consultado el pulso anatómico, proveer de ciertos recursos morales, indispensables para penetrar con fortuna una allá de donde alcanza

la virtud de los productos químicos y naturales.

Los fisiólogos en su mayoría creen con Cabanis, que el punto de partida del estado moral deriva, cuando menos ocasionalmente, de la impresión hecha sobre los grandes centros nerviosos por las variaciones sobrevinidas en las principales funciones, ó sea el estado anatómico-patológico de los diversos órganos; mas sin negar esta opinión, hay el derecho de afirmar que la fuerza moral no sucumbe siempre á los ataques de la fuerza anatómica, que el alma, desatándose de las cadenas en que trata de sujetarla la brida física, se libera y se hace independiente sobre ella. Y la señal palpable, ostensiva en que á ser así, como hallárian eco en el corazón del enfermo nuestras palabras de consuelo? ¿Que levítico sería

3
capaz de adormecer su espíritu exaltado continuamente por el dolor?

Lo que sucede es, que la impaciencia del sufrimiento, el temor de la muerte, se unen á los rigores de la enfermedad para desarrollar en terrible estado moral aunque los vientos nunca sibilan.

Por fortuna, en este estado el hombre se halla por lo regular en condiciones favorables para recibir nuestro influjo moral. En efecto, vive en el carino de los que le rodean por su imperiosa necesidad de su atormentado espíritu; y el médico prudente que sepa armonizar los consejos severos del arte, con simulaciones encaminadas á despertar consuelo y valor en el corazón del enfermo, puede estar seguro que muy pronto le abrirán las puertas de su confianza.

Estas palabras de consuelo, tienen que llevar una condición, y es que sean hechas

das en los sentimientos de Caridad, por
que sino; el Profeta habrá cumplido con
su obligación, el artista estará satisfecho y
sin embargo su obra es incompleta.

Es de necesidad llegar hasta el corazón
del paciente, penetrarlo con acento de
convicción, y corromper a la vez por
medio de la una tierna sollicitud, a ese
corpiado abandono con que se arroja
en nuestros brazos.

Las palabras del hombre frío no
penetran en el alma, no despiertan
la esperanza, son sin eco que
no interesan el corazón: *circum praecordia ludant* que dice un respetable
autor.

Se dirá que estos recursos son infructuosos
en muchas enfermedades, que la ciencia
agota muchas veces sin resultado tan pre-
cioso tesoro, en primer lugar, esto no
destruye la utilidad que ejercen en
otros tantos casos; y aun en aquellos en

que su eficacia es dudosa, ¿porqué no em-
plearlos, sabiendo que los consuelos a que
tiene derecho el hombre que sufre, pueden
por la influencia provechosa que impi-
men al espíritu y que este transmite al
organismo, producir un cambio favorable
en la marcha de la enfermedad?

Son bastantes los casos en que esto ha
sucedido; la perseverancia en fortalecer
el alma de los pacientes, apoyando la
virtud de los métodos curativos puestos en
práctica, contribuye cada día a al-
canzar curaciones que no nos permiten
dudar un solo momento.

La enfermedad sorprende al hombre,
cae como gota venenosa en medio del
período de la vida, y a las ilusiones que
en ella se cifraban sucede la idea de
la muerte. El dolor es impaciente y
los efectos de nuestras prescripciones muy
tardíos. Entre los primeros momentos del
mal y los indicios de calma que

4
producen los auxilios oportunos de la ciencia, hacia un triste espasmo. El enfermo lucha con sus dolores sin punto de reposo; su alma, presa de presentimientos se agita sin cesar, llevando a la espasmos su estado; y solo el Médico puede en medio de este desorden, desplegar fuerzas positivas, caso de hallar en su corazón la elocuencia de una afectuosa simpatía.

Triste es preciso en los enfermos y por poco tiempo sufren; cuanto mas lo será en los que desgraciadamente es indefinidamente y cuyo término feliz o adverso no puede con certidumbre de terminarse.

Consolar es amar, dice Max Simon, y esto debe ser muy natural al Médico verdaderamente digno de este nombre. Dejemos al filósofo, al hombre de mundo, que al presenciar las afecciones de egoísmo por la vida que se desarro-

llan en el lecho de nuestro enfermo, experimentan cierto sentimiento de repulsi-
cion; el Médico a el llamado a perdonar todas las exigencias al desgraciado víctima del dolor.

Bien se dice que la Medicina, aunque que la filosofía, enseña a conocer a los hombres. En efecto, la enfermedad pone de manifiesto las interioridades mas escondidas del corazón, aclara todos los misterios, descorre el velo con que sigilosamente se cubren las mentiras de la vida, y presenta al hombre en su desnuda realidad. Mas este triste cuadro, lejos de llevarnos a un frío desprecio, a una acabada ironía, nos ha de inducir a la piedad y benevolencia. En medio de estos eclipses pasajeros de los virtutes superiores del alma, procuremos reconocer la noble criatura de Dios para continuar amándola.

La dulzura y la caridad del Médico

no tardan en excitar el reconocimiento;
el enfermo, abatido á la vez por los ata-
ques del principio morbosifco y por la
fatiga moral que su reaccion no pue-
de menos que producir, siente poco á
poco renacer la esperanza, y con ella
se solo soporta mejor la prueba á que
está sujeto, más que proporciona además
una tregua, un conveniente descanso á
las personas que velan por el noche y
día al pie de su cama.

Petit en sus ensayos sobre la Medicina
del Corazón, hace tan interesantes obser-
vaciones que voy á transcribir las más
notables.

"Se sufre más, opina este autor, de
una herida reciente que de la una gran-
de úlcera habitual. A la exatitud de
este hecho debe atribuirse, en general,
el poco interés que inspiran los incur-
ables, por que el corazón humano es
inconstante hasta en los sentimientos de

compañion.

"Las impresiones dolorosas se amortiguan
y acaban, el alma no puede sostener
emociones muy prolongadas y se causa
de ver parecer siempre. Los primeros
cuidados que reclama un desgraciado se
le prodigan con esmero: es muy fácil ser
humano una vez, el heroísmo consiste
en serlo por mucho tiempo.

Lo he visto en el seno de la familia
ser querido de cuanto le rodeaban he-
gar á hacerse fastidioso por la duración
de su mal; he oído reprenderle por
sus quejidos; he visto la negligencia
y el disgusto alrededor del anciano
enfermo y dolorido; he llegado á compren-
der el motivo porque se me pregun-
taba cuánto tiempo podía vivir; y quan-
do ha llegado la hora final, he visto
derramar lágrimas sobre un ataúd tan
go tiempo deseado, viendo estas falsas.

¡Oh vosotros los que me entendéis! Si por desgracia la naturaleza enemiga os condenare a dolores incurables, apremiad a suspender vuestros quejidos, no molestaréis demasiado a los que os rodean, no les ofreceréis constantemente el espectáculo de un suplicio; vean alguna vez la sonrisa en vuestros labios, probadles que los cuidados que os prestan no son infructuosos, decidla alguna vez que os sentís bien, fingidlo si no os lo sentís. Este testimonio consolador vivifica a los que os sirven, fortalece su valor y la mano de la humanidad parece mas suave y mas ligera cuando el corazón puede sonreír al ver el fruto feliz de sus cuidados."

Hay algunas enfermedades que en lo que las padecen hay tendencia a ocultarlas, por mas que no sean

consecutivas a abusos, son obstinadas, como si comprendiendo su miseria se avergonzaran de descubrirla a los demás. Tal, la epilepsia, Tisis &

Desgraciadamente en otros casos la gravedad del mal soporiza el poder de la terapéutica y no nos queda otro medio que suplir la insuficiencia del arte con los recursos de una caridad precavida, haciendo lo posible por convencer a nuestros enfermos de lo efímero del bien, cuya pérdida tanto lamentan, y al mismo tiempo de que el dolor es la ley común de la humanidad.

No por que el Médico sea flaqueado a tratar una enfermedad que la ciencia reconoce por incurable tiene derecho a recusar su asistencia, como creyeron algunos Médicos

(Celo) ni'menos aceptar el juicio de los
Filósofos del Portio, segun el cual quan-
do la enfermedad reduce a un estado
salutudinario perpetuo, el suicidio es
la única terapéutica.

El Médico debe rechazar esto en abso-
luto considerando al dolor como medio
de moralización y motivo de esperan-
za.

Negar nuestros cuidados al desha-
ciado valdría tanto como negar la
dignidad y grandera de la Medicina.
Nuestra ciencia no se alimenta tan-
to del éxito de la curaciones, sino
que aspira a aliviar el peso del
sufrimiento, en todos los hombres
atendibles, pero mas en los que larga
y cruel afecion condena a una
muerte inevitable.

El deseo de atender las aplicaciones
de la ciencia y la investigación de

una familia que no admite que el
arte tenga sus límites imposibles de
traspasar, conduce a veces a tentar su
dior aventurado en los cuales funda
el Médico por un momento halagüeñas
esperanzas.

Toda conducta debe reprocharse que
sea injusta. Primero porque al Médico
le esta prohibido obrar sin el apoyo
de clara y bien determinada indica-
cion; en segundo, por que su cura
por sobre la vida del hombre, colocada
en frente perdicente, puede comprometer
en gran modo su carrera; y finalmen-
te, porque a las afecciones morales
y físicas del enfermo, cuya suerte es
puede conjurarse, añadimos el tor-
mento de inútil cuando no dolorosa
medicación.

El nivel es honroso, pero la ciencia
no exige esta clase de sacrificios que

la mejor intencione hacia capas de
justificar.

Otras veces nos hallamos frente de
una enfermedad cuyo punto de parti-
da radica en alguna pasion, que ha
logrado con el tiempo imprimir sobre
algunos de los principales centros
organicos, su influencia perturbadora.

En todos momentos y ocasiones necesi-
ta el médico de grandes cualidades
para resolver los difíciles problemas
que la práctica le ofrece, pero nunca
como en el estudio de una seccion
importante de la Patología, tendrá que
cumplir con una celo su recto juicio,
su claro sentido y natural perspicacia.

Para fijar el origen de una deter-
minada dolencia en una pasion que
se nos oculta; para llegar a la verdad
en medio de un laberinto etiológico

6
remplido de ideas falsas o de oscura
interpretacion y lleno de obstáculos que
levantan a propia el amor propio, el
interés y la llamada conveniencia so-
cial, ¡cuanta sagacidad, cuanta pruden-
cia son necesarias!

¿Qué diagnóstico moral es tan difí-
cultoso, y que será cuando tengamos, no
ya reconocer una pasion, sino enun-
ciarla?

Tissot, Setorseau y otros han indicado
los principales medios físicos de que
se puede hacer mano en el tra-
tamiento de las pasiones, paseo, vida
de campo, ocupacion sostenida, aumen-
to de ejercicios que den nueva direccion
a la sensibilidad; pero es evidente que
- otros autores no se han basado la decision
de creer en la virtud de tales medi-
os higiénicos, sin el concurso de otras
mas eficaces prescripciones morales.

Para mi modo de ver la mejor fórmula consistirá, después de estudiar detenidamente las circunstancias todas de cada paciente, menguar siquiera sea por un instante, los recortes de su fuerza impulsiva, empleando al efecto aquellos consejos que la práctica ha sancionado como de íntima y firme persuasión. De esta pequeña tregua que ha reportado el espíritu, nacerá una mejora sensible en lo físico, que el enfermo u el primo se reconocer. Llegado este punto es preciso decirle, que la mejora que experimenta esta pronta o decaerá o se, caro que le fije de nuevo en el objeto de su desventura, y es muy posible que haga este sacrificio en obsequio de su propia conservación, lo grande novicio de este modo un doble triunfo.

El Médico tiene para esto que dominar al paciente por el prestigio de una superioridad indisputable, sin la cual nada lograría, y que dentro en manejar los sentimientos, desde el amor y la esperanza, hasta el temor y la cólera, saque partido de otros poderosos recortes para obrar, según le convenga, una revolución saludable.

Todavía la influencia moral del Médico se manifiesta de una manera mas patente en el tratamiento de otras singulares enfermedades. Me refiero a la hipocondría.

Los enfermos atacados de esta dolencia son en verdad un tormento para el facultativo, a quien imponen el difícil cargo de restablecer su salud y conllevar con evangélica paciencia los interminables caprichos a que se entrega su volubilísimo carácter.

Stahl, Frank que han estudiado esta
cuestión bajo el punto de vista práctico
dicen (y repito sus palabras) "El Médico
se descarga de un gran peso cuando se
ve libre de un enfermo melancólico,
impaciente, sin ideas fijas y quimeras."

Es que estos enfermos, a la expresión de
sus padecimientos verdaderos, suelen
añadir todas las exageraciones de la
aprensión: tienen acerca de su mal
formada su teoría médica, y temen
a cada paso ser engañados o no com-
prendidos. Capaces de dar su fe a las
sugestiones de un empirismo bruto,
solo por parecerles que amoldan con
sus imaginarias necesidades del momen-
to, se la niegan con frecuencia al
arte, cuyo socorro han solicitado sin
embargo con empeño.

Posición difícil para el Médico, que
quiere conciliar los deberes de su

profesión con el cuidado de su propia
dignidad.

Lo que debemos hacer al ser llamados
para asistir un hipochondriaco y propo-
nermos, es abrir paso en medio de tan-
tas preocupaciones, para que pen-
trando poco a poco nuestra palabra
le arrebaté el imperio de su voluntad.
Esto no se consigue helando en desprecio
sus quejas, sino acogiendo las con benignidad
y repitiendo en sus consejos todo aquello
que no sea incompatible con nuestro plan
curativo.

Recomiendo en sus veleidades, y escanti-
dad y su mal humor sencillamente la
franca expresión de sus padecimientos, no
podremos menos de sentirnos inclinados
antes a la indulgencia que a la severidad.
Por otra parte es a su vez muy difícil
oponer a esos forjados síntomas médicos,
algunas razones de poder bastante para

derribar, como de un soplo, tan fa-
cillos castillos levantados en el aire.

Aquel muro impenetrable que parali-
zaba nuestros esfuerzos, tiene ya abierta
una brecha; sólo resta que el práctico
sepa utilizarla, sin tropezar en sus escollos
que a cada paso el enfermo le tiende, y
en el cual se perdería en un instante
su celo y sacrificios de muchos meses:
este escollo consiste en ponerse en contra-
dicción consigo mismo.

Los antiguos usaban cierto número de
plantas, que combinadas las creían
dotadas de virtud para combatir esta
afcción, y se denominan Solamen hy-
pocondriacum.

El tratamiento de la hipocondría ha de
hacerse mas bien a inspiraciones del mo-
vimiento, que a fórmulas establecidas de
auténticos; su eficacia debe estar basada
antes en la palabra persuasiva del

Médico que en el poder medicinal de los
medicamentos, pronto que es el alma la que
padece con preferencia, y hasta ella solo
alcanzan los recursos de la medicina moral.
Pero llega por fin el momento en que tanto
los recursos de la ciencia física y moral,
se estrellan contra una afcción rebelde;
y el hombre víctima de sus estragos va
a sucumbir. ¿Ha concluido la misión del
Médico y podrá por consiguiente abando-
narles, o por el contrario, tiene que per-
~~manecer~~ a su lado cumpliendo nuevos y
sagrados deberes? Merece la pena de
examinarlo.

La práctica nos demuestra cada día que
algunos afectos producen en nuestros orga-
nismo lesiones tan considerables, tan gra-
ves y profundas, que inmediatamente cor-
tan en el que los padece, toda clase de
relación con el mundo exterior; mas tam-
bien existen otros, y aun en mayor número,

en los cuales se conservan hasta el último instante, íntegras las funciones de la inteligencia, y el moribundo ve, oye y siente, cuanto ocurre á su alrededor.

El combate que sostiene por la vida casi próxima á extinguirse, el abatimiento y la fatiga que invaden uno á uno sus miembros, la dificultad que se apodera de su aliento, no le impiden prestarle todavía á las investigaciones científicas, y volver hacia el Médico, su ojo medio apagado, en los que el alma, con fugitivo destello, traza los caracteres de una símplica, símplica tímida e inefable, por la cual manifiestan los enfermos que aun en ocasión tan suprema, sientan la dificultad, mas no la imposibilidad de ser.

En tal circunstancia, cuando el degredado no dirige con la mirada su última esperanza, es imposible volverle la

8
espaldas. Habría en este acto una crueldad indisculpable, una falta que la Medicina no podría menos que condenar, porque después de todo, nuestra ciencia no brilla tanto por su parte puramente especulativa, como por su aplicación y enlace con la caridad.

Somos hijo del estudio, pero también sacerdote de la abnegación, á quienes no es permitido excusar ningún sacrificio.

Ahora bien; ya que nuestra presencia es indispensable en esta hora final, procuremos que resulte todo lo más benéfico á favor del agonizante, en el momento de su vida y su amargura.

Aun creyendo que su debilidad se ha extinguido para siempre, esforzémonos por continuar nuestra misión y no le abandonemos.

Esta conducta honra al arte, satisface la

conciencia del Profeta, sostiene al enfermo
y nos concilia con sus atribulados deudos,
ante los cuales, en la imposibilidad de
ofrecer el espectáculo de una victoria, he-
mos dado prueba del interés con que mi-
ramos los dolores de la desgracia.

Algunos autores creen que la propin-
dad de la muerte se acompaña de una
grata sensación de placer. Cabanis en
su Relación entre lo físico y lo moral,
apoya esta hipótesis; Barthes dice "Pa-
re muy verosímil, que en los momentos
que preceden a la muerte (cuando nos
repentina) goce en general el enfermo
cierto placer en morir; y fundo esta
opinión en que se experimenta un dulce
bienestar cuando se aproxima el momento
al que no entregarnos por grados, lo
cual sucede cuando nos sorprende
un desmayo. El principio de la vida sin-
te entonces cierto placer en el descanso, y

le libra de los esfuerzos que tiene que hacer
para continuar en las sensaciones que se desvan-
cen, y en los movimientos que le
son propios durante la vigilia y el estado
de salud." "Nuevos elementos sobre la ciencia
del hombre"

Observando, sin embargo, detenidamente los
fenómenos que tienen lugar en el hombre
que muere por el progreso insensible de
una enfermedad lenta, fácil sera convenirnos
de lo contrario.

Los sonidos ~~in~~articulados, ya agudos, ya
débiles, que exhala el órgano vocal, los mo-
vimientos tardos o convulsivos de los miem-
bros, y las mutaciones profundas de la fisio-
nomía, no dan motivo para pensar en las
debilidades del finiente.

- Lo que hay es que las fuerzas están pertur-
badas, y mas que todo debilitadas: la la-
vinge, los músculos &c no obedecen mas
que imperfectamente a los mandatos de

una voluntad tambien moribunda, y es natural que en ciertos momentos presente el agónico un aspecto de tranquilidad; lejos de la insuficiencia de expresion a que le condena la languidez de la vida; pero bien interpretados estos fenomenos, no dejan duda q son producto de un dolor sentido.

En efecto, en medio del extensor, se advierten de tiempo en tiempo quejidos lastimeros, y el semblante, cuadro fiel de las impresiones del sentimiento, presenta en su cambio, llegado lo postrero instanta, una pintura tan enérgica del dolor que viene a cuantas personas se acercan a presenciarla.

Bastan estas ligeras reflexiones, para quitar la certidumbre de ese misterioso deleite q se trata de atribuir a la muerte, y dejar sentado que, lejos de estar unida a felicidad conforme con la practica, ella es manifesta mas bien que la agonía es la

última lucha, no el último placer.

Ademas, este error es funestísimo bajo el punto de vista moral, y debe combatirse con empeño, porque apagaria en su germen los sentimientos de compasión que despierta el desgraciado, obligandonos a permanecer en fría expectacion, a mirar acaso con indiferencia, la conmovedora escena que ofrece al tiempo de exhalar su postrer aliento.

Si, el hombre sufre hasta el fin; deja por la vida como la recibimos, esto es, llorando.

En esta conviccion, y con la piedad que se debe en estos instantes, aunar todos nuestros esfuerzos físicos y morales para procurarles ~~esta~~ una muerte tranquila; preguntando si la ciencia para estos terribles momentos tiene algun agente medicinal, de reconocer sus portuñias:

La verdad es que no se puede contestar categóricamente, porque esta pregunta oculta cuestiones muy complejas y no resueltas hasta el día; para lo que conquiraré sobre lo que en este punto he ido hallado escrito por dos autoridades médicas, y después emitiré mi humilde opinión.

"La Medicina en esta última trinchera de la vida contra el peligro que la amenaza no está completamente desarmada, y cuando la gravedad de las lesiones o la herida profunda dada al principio arruina el organismo no permite reanimarlo. Voto las de la unidad viviente, puede todavía mitigar los padecimientos y emborbotar el aguijón de la muerte. Para no citar sino uno de los muchos medios á que puede recurrir el arte en muchos casos en la vista de endulzar las postreras angustias de la enfermedad, ¿cuál será el práctico que no ha teni-

do ocasión de admirar la eficacia del ginseng para tan importante indicación? Esta maravillosa sustancia cuyas justas aplicaciones bastarían para demostrar la realidad de la ciencia, no limita su acción á la fibra viviente con que se pone en contacto; su virtud bienhechora se extiende por el sistema entero del organismo, sigue en su interior trayecto la última fibra nerviosa, llega hasta el alma que reanima, cuya facultad exalta y cuya trépana serena. Max Simon, Deontología médica.

"¡ Cuantos enfermos han sido salvados por este remedio de la desesperación! Porque uno de sus más notables efectos, es el disminuir los dolores de la muerte, más que inspirar valor para entregarse á ella; aun contribuye físicamente, á que marque la disposición que pone al alma en aptitud de elevarse á la región celeste.

10
Un pecho muy reciente, entre otros mundos
que pudiera citar, servirá de ejemplo. Se
promete atormentado desde mucho tiempo
por los dolores del pecho y de las vísceras,
llega al fin á la puerta de la muerte.
Una horrible agonia acompañada de so-
focaciones continuas se apodera de él, y
le sumerge en una verdadera desespera-
cion. Este espectáculo era horroroso y
causaba terror aun á los vecinos as-
sistentes. Cerca del medio día este hom-
bre toma medio grano de ópio repin-
tiendo la dosis de hora en hora. Al
cabo de tres, se calma antes de haber
tomado cuatro granos, se entrega al
sueño y duerme bastante tiempo. Se
despierta ágil, sin dolores ni ansiedad,
y tan tranquilo, tan fortificado en su
moral que se despierta de los sueños con
valor, aun con cierta alegría, se dá su
peridiction y se duerme de nuevo tran-

quilamente para no despertar aquí
en la tierra." Hufeland,

Es indudable que el opio, puede llevar, en
circunstancias como las indicadas, indica-
ciones heroicas; pero su minima critica ha-
ce que no esté exento de graves inconvenientes.
Administrado al interior, suele producir au-
mento de la sed, alguna vez dificultad en
la deglucion, deprecion para el aliimen-
to, náuseas ó vómitos, aceleracion del pulso,
mayor frecuencia en los movimientos de la
respiracion, incomodidad y disgusto.

La aplicacion exterior dá lugar á un pro-
vito que impide en ocasiones conciliar el
descanso. Se ve á los enfermos frotarse los
opos, las varices, agitarse en la cama, re-
regarse la parte posterior del tronco y
aun rascar con vehemencia los pies y las
manos.

Causa perturbacion de la orion, humi-
dos de orion, dolor y pesadez de cabeza,

contracción de las pupilas; y respecto al sueño, si bien puede ser tranquilo, mas comunmente es pesado, agitado por peccosos sueños y turbado por interrupciones y sobresaltos.

También, puede acarrear el letargo, y colocar al enfermo en condiciones de despertar solo en el acto que se le llama, para dormirse un instante después.

Cito estos efectos del opio únicamente para dar á comprender que si bien sus propiedades son por sí mismas de grande utilidad cuando se trata de combatir un insomnio pertinaz, un dolor agudísimo ó un fuerte delirio, es preciso no perder nunca de vista las complicaciones á que expone su administración. Hay mas; este medicamento, ejerciendo una acción especial sobre el sistema nervioso, puede dar lugar á que se apague ó estrinja anticipadamente la inteligencia; aun cuando, pues, hagamos caso por una parte

su éxito satisfactorio sobre el padecimiento físico, templando la exaltación de la sensibilidad, cabe en lo posible que avasallando la acción de aquella sustancia (no por nuestra falta de tino en administrarla, sino por las especiales indicaciones del enfermo) mas allá de nuestras previsiones, se abra la vía real; resultado frente de que á todo trance el médico se debe apartar.

No es esto decir que prohibamos en absoluto el empleo del Rey de los narcóticos en el caso de que tratamos, máxime habiendo merecido las alabanzas de prácticos tan consumados: nuestro empeño en presentarlo tal cual es, solo lleva por objeto recomendar al Profesor mucha prudencia y mucha circunspección cuando llegue la oportunidad de usarlo, convirtiéndos en tuncu qon tenga en la memoria el aforismo de *Wend* *Sicra vita anciora, circumspecte agentibus, est opium; cymba charvati in manu non*

pena.

No se me oculta que dejó sin tocar aquí una porción de interesantes problemas pertenecientes al estudio de la medicina moral aplicada al hombre enfermo; pero quiero decir algunas palabras acerca del auxilio que el Médico puede prestar a la moral social, supliendo en algunos casos la insuficiencia y la imposibilidad de la Ley.

En nombre de la humanidad se abre para el Médico en todas partes; desde las regiones orientales del oro y del poder, hasta los valles de la miseria, del desorden y del crimen.

Todo el mundo paga tributo a su actividad, y el mismo derecho acude para redimir sus criminosos a los reos que moran en el fondo de los presidios, cargados de delitos, como a los que la caridad recoge en los hospitales víctimas de su merced infeliz.

No se crea que el Médico lleva allí por único objeto aliviar las enfermedades que a su vista se ofrecen, sino que además, como cedor profundo de los vicios y de las pasiones, se esfuerza en combatirlas, contrayendo a la regeneración de aquellas almas extraviadas.

La sociedad repara al criminal de su seno, le aborrece y le castiga; ¡quien no siente por él una aversión decidida, quien no se le aparta! Pero cuando nadie tiene más que rigores para aquel ser infame, merece aun la atención del Médico y castiga sus sufrimientos, endulza su soledad y modifica sus instintos crueles, enseñándole a participar de los pocos gozos que proporcionan los sentimientos humanizados por el dulce tanto tiempo. ¿Y por dicha se disipar una vida generosa a través de tan espesa trinidad, ¿cómo podrá dejar que se estriga y caiga de nuevo el

alma del desgraciado en su noche profunda?

No hay duda que muchos criminales que pedemidos por una larga historia de envilecimiento, rechazarán nuestra benéfica influencia, y veremos rebotar nuestra palabra por su corazón sin profundizarlo; pero mas tarde es muy posible que esta semilla germine bajo el poder de los accidentes de la vida.

¡Cuántas veces el médico, llamado a asistir los padecimientos físicos, encuentra sumergido a su enfermo en una de esas luchas interiores que se suscitan entre los nobles instintos de la conciencia y las malas inspiraciones del crimen?

Si alma vacila aún; puede que a pocos instantes la atracción continua de las seducciones perversas contribuya por apagar la llama de su sentimiento de rectitud que aun quilaado agoniza.

Solo nosotros podemos arrancar aquel hombre ciego del abismo a que corre desventurado; un consejo oportuno, una reflexión sencilla y afectuosa, pueden obrar un cambio completo y conseguir la devoción a la sociedad de un miembro útil, cuando estaba próximo a gangrenarse. El Médico puede además ejercer un saludable patrocinio sobre la infancia, tan descuidada en estos tiempos. Uno de los resultados mas lastimeros que arrojan las investigaciones estadísticas modernas, es la horrible mortalidad que pesa sobre la primera edad de la vida.

Todo conocemos que la privación de los cuidados maternales es una de las causas mas poderosas de esta mortalidad; pero bueno es advertir que no carecen únicamente de ellos los niños que ampara la beneficencia pública, sino tambien los de clase muy elevada. La pobreza de estos

es si cabe, mayor, porque son entregados
a nodrizas mercenarias y miserables que
especulan con ellos matándoles el in-
terno y utilizando en trabajos productivos
el tiempo que están obligadas a dedicar
a su cuidado.

La ley es sobrado deficiente para com-
pilar este clase de abusos, y en tanto que
el poder de ella no llega a repararlos,
prestará la medicina un gran servicio
dando a conocer a los padres negligentes
los peligros que amenazan la
salud de sus hijos, y procurando por
todos los medios constituirse en protec-
tora de estos seres débiles e inocentes.
También podría ser el médico un exal-
te intermediario entre los ricos y los
pobres. Nadie ignora que las necesi-
dades y quejidos de estos apenas llegan
más que de una manera remota a
los oídos de aquellos. Desgraciadamen-

12
te no se ha demolido por completo la
barra que separa esos dos grupos socia-
les, por más que la moral cristiana
paga mucho tanto esfuerzo por acercarlos.

El facultativo, que a un tiempo pen-
tra en los alcázares y en las moradas
de la miseria, puede hacer mucho en
obsequio de los infelices a quienes canti-
ga el dolor y la desventura, dando sca-
ción a los poderosos de proporcionarse
un goce infatigable y santo: el goce de
señalar el bien por medio de la caridad.
Finalmente, muchas veces el destino del
médico, le lleva a ejercer su profesión
en las aldeas y poblaciones de campo.
En esta masa de hombres entregados
al trabajo grosero, casi sin instrucción,
y en cuyo corazón decientos volcanes por
vivir todavía los elevados sentimientos,
las penas penurias y guerras; cuántos
servicios puede prestar el médico al

interés sagrado de la humanidad, desarmando esteriles preocupaciones, plantando en su lugar nociones sanas y regeneradoras, convirtiéndose en órgano de la moral y de las ciencias útiles!

tal vez se crea impracticable cuanto acabo de decir; yo opino, por el contrario, que cada día se realice en este sentido un progreso notorio.

Me parece imposible que no hallé el Médico en esta dulce misión, una felicidad íntima que le comunique de todas las adversidades de la vida.

En cuanto a mí, diré con una gloria de la ciencia: "Si no fuera Médico para curar algunas veces, querría serlo para curar siempre."

Lo doy por concluido, Excmo. Señor, el modesto trabajo que presento á vuestra aprobación. La medicina moral cuanto mas se va profundizando mas

ante horizonte descubre, y no se puede en tan cortas páginas dilucidar con holgura las numerosas y difíciles cuestiones que abarca. Mi intento ha sido por quejarse al general, animado por el buen deseo de apoyar la profesión médica á la altura que su importancia transcendental la hace acreedora; no sé si lo habré conseguido; porque son muchas las dificultades y menguado mi saber.

Quiera al menos la fortuna, que sobre este honroso camino que dejó abierto se lancen otros hombres mas ilustres, y corrijan su provecho del mundo y de si propios, lo punto de perfeccion que esta fecunda ciencia promete.

Madrid 16 de Junio de 1883

Rafael Moreno y
Fernández

